

Herbert George Wells

UNA HISTORIA  
DE LA EDAD DE PIEDRA



LIBROS DEL COSMONAUTA

Wells, Herbert George

Una historia de la edad de piedra / Herbert George Wells.  
- 1a ed. - La Plata : La Máquina Infernal, 2022.  
103 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del Cosmonauta.  
Astronave / Clásicos ; 6)

Traducción de: Antonio Salcedo.

ISBN 978-987-48597-1-6

1. Literatura Inglesa. 2. Narrativa Inglesa. 3. Ciencia  
Ficción. I. Antonio Salcedo, trad. II. Título.  
CDD 823

Título original: A Story of the Stone Age (1897)

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.

ISBN: 978-987-48597-1-6

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta  
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com

facebook.com/ediciones.cosmonauta

IG: ediciones.cosmonauta

Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)

Ciudad de Buenos Aires, en el mes de agosto de 2022

Ilustración de cubierta: Koff

Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

## I. UGH-IOMI Y UYA

Este relato pertenece a épocas más allá de la memoria de los hombres, antes del comienzo de la historia; épocas en que era posible caminar con los pies secos desde Francia (como la llamamos ahora) hasta Inglaterra, cuando un ancho y lento Támesis fluía entre pantanos para encontrarse con su padre el Rin a través de un país amplio y llano que está bajo el agua en nuestros días, y que conocemos con el nombre de Mar del Norte. En aquellos tiempos remotos no existía el valle al pie de los Downs, y el sur de Surrey era una cadena de montañas, cubiertas de abetos en las laderas medias y cubiertas de nieve durante la mayor parte del año. Algunas de sus cumbres aún permanecen como Leith Hill, y Pitch Hill, y Hindhead. En las laderas más bajas de la cordillera, más allá de los llanuras cubiertas de hierba donde pastaban los caballos salvajes, había bosques de pinos y castaños y olmos, y los matorrales y parajes oscuros escondían al oso pardo y a la hiena, y los monos grises trepaban por las ramas de los árboles. Y aún más abajo, entre los bosques y los pantanos y los pastizales a lo largo del Wey, se desarrolló este pequeño drama que debo contarles hasta el final. Hace cincuenta mil años, cincuenta mil años, si los cálculos de los geólogos son correctos.

Y en aquellos días la primavera era tan alegre

como hoy, y hacía correr la sangre en las venas de la misma manera. El cielo de la tarde era azul, con nubes blancas amontonadas que lo surcaban, y el viento del suroeste llegaba como una suave caricia. Las golondrinas, recién venidas, volaban de un lado para otro. Las riberas del río estaban salpicadas de ranúnculos blancos, los pantanos estaban adornados con berros y encendidos con malvaviscos, allí donde regimientos de juncos bajaban sus espadas, y los hipopótamos que se dirigían hacia el norte, monstruos negros y brillantes, se divertían torpes y lo aplastaban todo, con oscuro regocijo y con una idea definida: convertir el río en un lodazal.

Río arriba, y a la vista de los hipopótamos, varios animalitos de piel parda se zambullían en el agua. No había miedo, ni rivalidad, ni enemistad entre ellos y los hipopótamos. Cuando esos grandes bultos atravesaban los juncos y quebraban el espejo del agua en salpicaduras plateadas, estas pequeñas criaturas gritaban y gesticulaban con alegría. Era la señal más segura del avance de la primavera.

—¡Boloo! —gritaban—. ¡Baayah, Boloo!

Eran los hijos del pueblo de los hombres, el humo de cuyo campamento se elevaba desde la colina en la curva del río. Eran jóvenes de ojos salvajes, con el pelo enmarañado y pequeñas caras pícaras de nariz ancha, cubiertas (como están cubiertos algunos niños incluso en nues-

tros días) por un delicado plumón de pelo. Sus espaldas eran estrechas y sus brazos largos, y sus orejas no tenían lóbulos y eran puntiagudas, algo que todavía, en raras ocasiones, perdura. Pequeños gitanos desnudos, tan activos como los monos y tan parlanchines, aunque un poco faltos de palabras.

Sus padres quedaban ocultos de los hipopótamos juguetones por la cima de una colina. El campamento de los humanos era una zona apisonada entre las frondas marrones y secas del helecho real, a través de las cuales los nuevos brotes de ese año se desplegaban hacia la luz y el calor. El fuego era un montón de carbón humeante, gris claro y negro, que las ancianas alimentaban de vez en cuando con hojas secas. La mayoría de los hombres estaban dormidos; dormían sentados con la frente sobre las rodillas. Aquella mañana habían matado una buena presa, suficiente para todos: un ciervo que había sido herido por los perros de caza; de modo que no había habido peleas entre ellos, y algunas de las mujeres todavía roían los huesos esparcidos. Otras hacían una pila de hojas y palos para alimentar al Hermano Fuego cuando volviera la oscuridad, para que creciera fuerte y alto y los protegiera de las bestias; y un par amontonaban pedernales que traían, de un puñado cada vez, del recodo del río donde jugaban los niños.

Ninguno de estos salvajes de piel parda iba

vestido, pero algunos llevaban alrededor de sus caderas rudas fajas de piel de víbora o de cuero crujiendo sin curtir, de las que pendían pequeñas bolsas, no fabricadas por ellos, sino arrancadas de las patas de las bestias, y en las que cargaban los pedernales toscamente tallados que eran las principales armas y herramientas de los hombres. Y una mujer, la compañera de Uya el Astuto, llevaba un maravilloso collar de huesos perforados que otras habían llevado antes que ella. Junto a algunos de los hombres que dormían yacían grandes astas de alces, con las púas talladas hasta obtener bordes afilados, y largos palos, cortados en los extremos a golpes de pedernal hasta afilar sus puntas. No había mucho más, salvo estas cosas y el fuego humeante, que distinguiera a estos seres humanos de los animales salvajes que recorrían el país. Pero Uya el Astuto no dormía, sino que se sentaba con un hueso en la mano y lo raspaba afanosamente con un pedernal, cosa que ningún animal haría. Era el hombre más viejo de la tribu, de cejas de escarabajo, mandíbula prominente, y largos brazos; tenía barba y las mejillas peludas, y el pecho y los brazos eran negros por el grueso pelo que los cubría. Por su fuerza y por su astucia era el amo de la tribu, y su parte era siempre la mayor y la mejor.

Eudena se había escondido entre los alisos porque tenía miedo de Uya. Era todavía una

niña, y sus ojos eran brillantes y era lindo ver su sonrisa. Uya le había dado un trozo de hígado, un bocado para hombres y un regalo maravilloso para una niña; pero mientras lo tomaba la mujer con el collar la había mirado con una mirada malvada, y Ugh-lomi había hecho un ruido con su garganta. En ese momento, Uya lo miró larga y fijamente, y Ugh-lomi bajó los ojos. Y entonces Uya la miró a ella, que se asustó y se alejó, mientras seguían comiendo y Uya estaba ocupado con el tuétano de su hueso. Después había vagado como buscándola, y ahora estaba agazapada entre los alisos, preguntándose qué estaría haciendo Uya con el pedernal y el hueso. Y Ugh-lomi no aparecía por ningún lado.

En ese momento, una ardilla llegó saltando a través de los alisos, y ella se quedó tan quieta que el hombrecito estuvo a menos de dos metros de ella antes de verla. En ese momento, se apresuró a subirse a una rama y comenzó a parlotear y a regañarla.

—¿Qué haces aquí —preguntó—, lejos de los otros hombres-bestias?

—Paz —dijo Eudena, pero él siguió parlotearlo.

Ella empezó a romper pequeñas piñas negras para lanzárselas. El hombrecito las esquivaba y la desafiaba, y ella se excitaba y se levantaba para lanzarlas mejor, y entonces vio que Uya bajaba por la colina. Había visto el movimiento

de su pálido brazo en medio de la espesura; era muy perspicaz.

En ese momento se olvidó de la ardilla y corrió entre los alisos y las cañas tan rápido como pudo. No le importaba a dónde iba con tal de escapar de Uya. Se metió casi hasta las rodillas en una ciénaga y se vio frente a ladera de helechos que se volvían más esbeltos y verdes a medida que se alejaban de la luz hasta la sombra de los jóvenes castaños. Pronto estuvo en medio de los árboles; era muy ágil y corrió sin parar hasta el bosque viejo, donde los valles eran más amplios y las enredaderas sobre sus tallos, donde llegaba la luz, eran gruesas como árboles jóvenes, y las lianas de hiedra robustas y apretadas. Siguió corriendo, dando vueltas y más vueltas, y por fin se tumbó entre unos helechos, en un hueco cerca de un matorral, y escuchó con el corazón latiendo en sus oídos.

Oyó entonces unos pasos que hicieron crujir las hojas muertas, a lo lejos, y se apagaron y todo volvió a estar en calma, excepto por el escándalo de los mosquitos —la noche estaba cerca— y por el susurro incesante de las hojas. Se rió en silencio al pensar que el astuto Uya pasaría a su lado. No estaba asustada. A veces, cuando jugaba con las otras niñas y niños, había huido al bosque, aunque nunca tan lejos como ahora. Era agradable estar escondida y sola.

Permaneció tendida un largo rato, contenta



por su huida, y luego se sentó a escuchar.

Era un repiqueteo rápido y cada vez más fuerte que se acercaba a ella, y muy pronto pudo oír gruñidos y el chasquido de las ramas. Era una manada de cerdos salvajes, delgados y espezuznantes. Se dio vuelta: un jabalí, por la disposición lateral de sus colmillos, es un mal compañero como para tenerlo demasiado cerca; y Eudena se alejó a través de los árboles. Pero los cerdos siguieron, no comían mientras marchaban sino que iban deprisa, —si no, la hubieran visto—, y ella se colgó de la rama de un árbol, se subió y corrió por el tronco con algo de la agilidad de un mono.

Abajo, los lomos erizados de los cerdos ya se alejaban cuando volvió a mirar. Sabía que sus cortos y agudos gruñidos significaban miedo. ¿A qué le tenían miedo? ¿A un hombre? Tenían mucha prisa por un simple hombre.

Y entonces, de forma tan repentina que hizo que su mano se tensara en la rama involuntariamente, apareció un cervatillo y se precipitó tras los cerdos. Pasó algo más, bajo y gris, con un cuerpo largo; ella no sabía lo que era, de hecho sólo lo vio apenas a través de los intersticios de las hojas jóvenes; y luego hubo una pausa.

Permaneció tensa y expectante, tan rígida casi como si fuera una parte del árbol al que se aferraba, mirando hacia abajo.

Entonces, a lo lejos, entre los árboles, claro

por un momento, luego oculto, luego visible hasta las rodillas entre los helechos, y luego desaparecido de nuevo, vio que corría un hombre. Supo que era el joven Ugh-lomi por el color claro de su pelo, y tenía la cara roja. Por alguna razón, su frenética huida y aquella marca escarlata la hicieron sentir mal. Y luego, más cerca, corriendo pesadamente y respirando con dificultad, llegó otro hombre. Al principio no pudo ver, y luego vio, en escorzo pero con claridad, a Uya, corriendo a grandes zancadas y con los ojos fijos. No iba tras Ugh-lomi. Su rostro estaba pálido. Era Uya... ¡asustado! Pasó de largo, y aún se escuchaba fuerte, cuando otra cosa, algo grande y de pelaje pardo, que se balanceaba con suaves y rápidas zancadas, apareció corriendo en su persecución.

Eudena se puso repentinamente rígida, dejó de respirar, apretó la rama convulsivamente y abrió los ojos sobresaltados.

Nunca había visto aquella cosa, ni siquiera la veía ahora con claridad, pero supo enseguida que era el Terror de las Sombras del Bosque. Su nombre era una leyenda, los niños se asustaban unos a otros, y se asustaban incluso a sí mismos con su nombre, y corrían gritando hacia el campamento. Ningún hombre había matado nunca a uno de su especie. Incluso el poderoso mamut temía su ira. Era el oso pardo, el señor del mundo tal y como el mundo era entonces.